

## CAPITULO SEPTIMO

### LA FANATICA DOÑA LORENZA Y SUS VISITAS A LAS IGLESIAS



A esposa del médico cuyo nombre encabeza este capítulo contaba entre sus hijas, una del mismo nombre, se había desatendido completamente de las obligaciones del hogar y ésta se entregó en cuerpo y alma a las prácticas religiosas las que rayaban como es natural, hasta el fanatismo tan perjudicial al par que otros vicios que se toman radicalmente y con exageración.

Pues todas las mañanas iba temprano a misa (bien si lo hubiera hecho tomándose el tiempo indispensable), unas veces sola, otras con tres de sus hijas y algunos de sus hijos varones; misas que para Doña Lorenza eran de júbilo si había que escuchar sermones, amonestaciones, misas cantadas con acompañamiento de

una orquesta; ella había de salir con la suya según sus necios deseos manifestados y contrarios al buen sentir de las personas sensatas; no le importaba que su familia no recibiera las atenciones que requería aquella casa con numerosa prole; permanecía horas enteras en las iglesias entre rezos y comentarios en las sacristías en concurso animado con las beatas socias, unas de los Clavos del Señor, otras de la Cofradía fulana, de la Archicofradía zutana, etc.; el anciano Capellán de la iglesia de los Dolores estaba cansado y aburrido de tanta mosca prieta e impertinente, (así las llamaba el sacerdote aquel) igual les pasaba a otros Curas de las parroquias cercanas.

El médico con estos contratiempos apunados se había vuelto de un carácter bilioso y por lo consiguiente muy violento, era un basilisco; por lo expuesto, es de suponer que en parte era culpable Doña Lorenza debido a que se presentaban anomalías en su casa, pues era despreocupada que con frecuencia se le olvidaban las llaves sin reparar en qué lugar las había depositado o perdido y cuando ésto no sucedía, se las llevaba consigo a la iglesia, lugar preferido en que permanecía varias horas corridas, como se dijo en el párrafo anterior, en perjui-

cio de la vigilancia y atenciones de su hogar, pues resultaba que por la falta de las dichas llaves no se podía abrir el Reposte en donde se encontraba el chocolate para el servicio de las comidas del día; a propósito del chocolate diremos que era además de exquisito, muy rico ya que estaba elaborado con buen cacao y por las manos de las monjas de Santa Isabel, quienes ocupaban el Convento que se encontraba en aquel entonces en la calle de su nombre, siendo Doña Lorenza su benefactora. Las madres del Convento aludido, en gratitud a la esposa del médico, con mucha frecuencia le hacían presentes consistentes en confituras ya fueren chocolates, dulces inclusive frutas cubiertas, jaleas, rodeos, panecillos y otras curiosidades manufacturadas por las propias Madres, pero no obstante que los presentes ya mencionados, abundaban en cantidad como en lo rico por su elaboración, el médico no podía disfrutar de esos manjares con regularidad; pues sufría desarreglos estomacales por las horas tan cambiadas en la ministración de los alimentos; pues llegó vez que se marchara para dar sus clases en el Colegio de San Juan de Letrán sin tomar su desayuno; a la hora de la siesta también faltaba el chocolatito como era costumbre to-

marlo en aquella época a esa hora, y como estos trastornos se repetían con frecuencia resolvió tomarlo en la botica con su cuñado Don Miguel Ángel quien se lo confeccionaba en una lámpara de alcohol. El médico hacía muy buenas migas con el boticario ya que su cuñado, como antes se le dió a conocer, era de buen humor y distinto por completo, bajo todos conceptos a su media hermana que se cargaba un genio muy imperativo.

Doña Lorenza no era capaz de olvidar el rosario descomunal que se ponía al cuello, de vara y terciá de largo con cuentas negras, crucifijo de ébano con una medalla agregada y de un tamaño más grande que un peso de plata de Castilla; acostumbraba llevar devocionario de forro negro para disimular la mugre, (en éste) intercalado de estampas, novenas, papeles diversos así como en la mano y colgados para que fueran más visibles, listones de varias asociaciones, de colores diferentes según éstas, verdes, rojos, azules, blancos o combinados, etc. y sus correspondientes medallas e insignias apostólicas de aquellos tiempos; atrasados si se quiere, conforme a la crítica, pero medianamente felices sus habitantes menos Doña Lorenza y principalmente a los suyos que los hacía rabiar y

por principio de cuentas al médico de su marido que lo tenía tostado.

Además de las iglesias mencionadas, la esposa del médico asistía con frecuencia a la del Convento de Religiosas de Santa Brígida (1) en la calle de San Juan de Letrán, (ahora iglesia derruida con motivo de la ampliación, en su latitud, de la referida calle) cuya iglesia estaba casi al frente de la Capilla del Señor de Burgos (2) ha muchos años desaparecida en la época de la Reforma), también visitada por Doña Lorenza; la del Divino Salvador en la esquina de los Rebeldes y Hospital Real; a la Capilla de San Antonio (que aún existe para usos distintos al culto) a la contra-esquina de la anterior y con la calle de Zuleta donde existía una fuente; la del Convento de Religiosos de San Diego (3) a espaldas del "Jardín de Tolsa" de la propiedad de Don Manuel del mismo apellido; la iglesia y Hospital de San Hipólito situados en la calle de su nombre; ésta y las dos que se mencionan, en la calle de San Juan de Dios, iglesia de San Juan de Dios y Parroquia de la

(1) La iglesia de Santa Brígida se fundó en 1743.

(2) La Capilla del Señor de Burgos fué su renovación y estreno el 16 de Febrero de 1780.

(3) La iglesia de San Diego se dedicó en Septiembre de 1621.

Santa Veracruz. (1) Estos templos se encuentran a la fecha al servicio católico y la nombrada en último término, era frecuentada por la familia del Escultor y Arquitecto Tolsa, ya que su domicilio sólo distaba algunas varas; pues la morada estaba marcada en aquellas fechas con el número cuatro, (con vista al sur), del Puente de la Mariscala, hoy número veintiuno de la Avenida Hidalgo, casa en la que falleció Don Manuel Tolsa, que lo fué: a las doce de la noche del martes veinticuatro de diciembre de mil, ochocientos diez y seis.

Con excepción de la casa del Mariscal de Castilla, toda la cuadra era propiedad del mencionado Don Manuel Tolsa, (según Protocolo del Archivo de Notarías de México) así como las casas ubicadas en la cuadra que, tocante a la manzana de las primeras propiedades aludidas, eran también del mismo Señor Tolsa y estas correspondían al Callejón de la Santa Veracruz; entre otras propiedades, para no cansar al lector, se indican tres casas más, en la misma man-

(1) En la iglesia de la Santa Veracruz se fundó la Archicofradía de la Cruz por el Conquistador Don Hernán Cortés.—En el siglo XVIII dicha iglesia se reedificó y se dedicó el 14 de Octubre de 1730. Datos recogidos de la obra "Noticias de México" por Don F. Sedano.

zana pero estas tenían su entrada por el Puente de los Gallos, ahora primera de la Santa Veracruz y el callejón expresado, actualmente se denomina calle del Dos de Abril.

De las siete propiedades ubicadas en el Puente de la Mariscala, cinco estaban alquiladas a diversos particulares, quienes las destinaban para habitación y, las restantes, el mismo propietario, Don Manuel, las ocupaba para: el cinco un "Baño de las Animas", también llamada "Casa del Caracol" y la última o sea el cuatro, para su morada y, como ésta era bastante amplia, fundó aprovechando la mayor parte de ella, un Asilo para huérfanos, todo naturalmente a expensas del filántropo Don Manuel Tolsa (las constancias relacionadas con el asilo mencionado, existen en un legajo empastado, titulado: "Instrucción Pública y Justicia", en el Archivo General de la Nación de México).

A la susodicha iglesia de la Santa Veracruz también asistía Doña Lorenza Ballesteros y Lanzagorta, esposa del médico, y no es de extrañar que haya tratado muy de cerca a la familia de Tolsa, quienes como se dijo antes, también concurrían a la mencionada iglesia, pues la hija de la Duquesa de Osuna o sea Doña María Luisa Sáenz Téllez Girón de Tolsa, era feli-

gresa y socia de la Archicofradía de la ya repetida iglesia parroquial de la Santa Veracruz.

Del lugar antes indicado, siguiendo su carretera rumbo a Tacuba (antes Tlacopan), se encontraban los arcos del acueducto llamado de la Tlaxpana y que terminaban en una fuente al final del Puente de la Mariscala y cerca de los Hospitales de San Andrés (1) y de Terceros; el primero desaparecido y en su lugar ostenta un jardín de pequeñas dimensiones y el Palacio de Comunicaciones y de Obras Públicas, inaugurado a principios del año de mil, noventa y once, edificio que dá frente al del Colegio de Minería, (hoy llamado Escuela de Ingenieros) terminado en mil ochocientos trece y cuya ejecución fué encomendada al ya mencionado insigne Escultor y Arquitecto Don Manuel Tolsa, (Valenciano); el segundo, igualmente derruido; ocupado su terreno, por el magnífico Palacio de Correos, bello edificio que tiene a su costado oriente, callejón de por medio, llamado, primera calle de la Condesa y con frente al costado del Palacio de Minería del que se ha hablado anteriormente.

(1) Hospital de San Andrés. Se empezó a recibir enfermos el 15 de Febrero de 1773, su fundación data de 1726 para noviciado de jesuitas.

Nos faltaba mencionar otras iglesias a las que acudía Doña Lorenza y que por la importancia de éstas merece referirlas: a San José (2) donde era feligresa, socia, celadora de una agrupación y Presidenta de otra; parroquia frente al mercado de San Juan y también, este último con vista a la iglesia y Convento de Religiosas de San Juan de la Penitencia, (3) muchos años después derribada para sustituirla por una lujosa de buena construcción moderna de estilo francés; sin confirmar si fué costeadada por el talentoso industrial Don Ernesto Pugibet ya fallecido, persona que figuró varios años como Presidente de la Fábrica de Cigarros de "El Buen Tono", S. A., factoría que existe inmediata al indicado mercado. La iglesia que nos ocupa está abierta para el culto a Nuestra Señora de Guadalupe.

El mercado de aquella época lo formaban unos jacales de madera y zacate con algunos puestos miserables diseminados, con sus sombras de petates, mantas o telas embreadas; hasta ese lugar llegaba antaño, un canal cerca de

(2) La Parroquia de San José fué fundada el 8 de marzo de 1772.

(3) San Juan de la Penitencia fué fundada en 1593 y su iglesia primitiva se dedicó el 30 de enero de 1650.

la calle que después se llamó de Chiquihuiteras, (hoy calle del Buen Tono), por ahí entraban las canoas con víveres, flores, verduras, gallinas y otros menesteres domésticos de consumo diario para la barriada; mercado que nunca pudo preponderar con el de la Merced, situado en otro rumbo de la ciudad y llamado así por estar desde entonces inmediato al Convento de ese nombre aún cuando este último desapareció pero, se conserva el magnífico patio con sus artísticos corredores de columnas y arcos dentados con adornos hechos a cincel, el estilo que predominó es el corintio.

Volvamos nuestros pasos por otras iglesias. Acostumbraba Doña Lorenza ir a rezar el Vía Crucis con su rosario descomunal ya conocido y recorría cada una y todas las estaciones (capillitas ya desaparecidas) en la carrera de Corpus Christi (1) (hoy Avenida Juárez); empezaba sus rezos en la iglesia de ese nombre, que existe retirada del culto, hasta la capilla del Calvario, derribada años después de la presente narración y que se encontraba situada a unas cien varas de la esquina poniente-sur de la Alca-

(1) El Convento de "indias caciques", Corpus Christi, se abrió el 15 de julio de 1724. Datos tomados de la obra de M. Arroniz.

meda, dando casi al frente con el edificio del Hospicio de Pobres y adelante de éste, el de la antigua Acordada, los cuales desaparecieron con las reformas introducidas años más tarde y que se ejecutaron a las casas de esa calle así como las últimas que imperan en la actualidad con elevados edificios modernos de varios pisos, siendo de admirar la comodidad en sus interiores, menos el estilo arquitectónico si así puede llamarse de lo insípido en sus exteriores.

Llegó a reunirse en la casa del médico tal número de socias de esas agrupaciones religiosas regenteadas por Doña Lorenza, que sobrepasaban a los enfermos pobres que acudían en demanda de los auxilios prestados por el médico y como es de suponer, empezó a escasear la clientela y por ende la prosperidad del negocio, dando por resultado que el referido médico se aburrió con tanto movimiento de Señoras negras, (digo Señoras de vestidos negros) optó por hacerle compañía al barrigón de su cuñado con quien pasaba el resto de las mañanas en ayudarlo a despachar las cataplasmas, unguentos, yerbas, píldoras, cucharadas y demás recetas que se presentaban para su abastecimiento; las ventas comenzaron a bajar según cálculos hechos por el boticario quien se

compugía porque ya se sentía cansado, tanto por su obesidad como por los calendarios que llevaba encima; el negocio se ponía color castaño oscuro y se presentaba el ambiente en condiciones de cerrar el establecimiento, ya que, para remate de sus cuentas el médico recetaba poco o casi nada; estaba, según se le observó, desmoralizado o fastidiado.

Una mañana Don Miguel al abrir la botica como de costumbre, fijó la vista hacia la acera de enfrente y observó con atención que en la fachada habían fijado arriba de la puerta, un letrero con marco de madera pintado al aceite y que correspondía a la accesoría que estaba por alquilarse, el rótulo decía: "Barbería del Rizo de Oro" y abajo de éste, otro de hojalata pintado por los dos lados: "Música para Bailes"; ahí se había plantado en esa accesoría, un Flebotomiano con su barbería en donde se podían ver en su interior, dos sillones de madera con forro de hule y barnizados, al frente de cada uno de éstos, un espejo con marco dorado descansando en una repisa pintada y sobre la cubierta: navajas, tijeras para cortar el pelo, peines, bacía, brochas, perfumes, pomadas de limón y toronjil, frasco conteniendo alcohol, pelucas, una buena guitarra suspendida

de la pared, algunas sillas, Mollejón a la entrada, sanguijuelas que nadaban en una vasija de barro expuesta a los rayos solares; no le faltaba como complemento al Flebotomiano de marras, el inseparable gallo de pelea de fino plumaje con sus recortados espolones, animal que tenía amarrado a la puerta de la calle; cuidado de que no le faltara su correspondiente dotación de maíz y agua servida en un limpio trasto de barro; ¡pues si tal cosa no estaba en orden, el muchacho aprendiz ya podía componérselas con un jalón de orejas por esa omisión! Líquido que era aprovechado también por los perros callejeros que la tomaban para apagar la sed, animales para quienes no había compasión por parte de los Serenos porque los apaleaban por las noches y se encargaban de sacrificarlos sin considerar que eran, como ahora y siempre los amigos fieles del hombre.

Apuntamos aquí un detalle curioso escrito en una obra cuyo nombre y autor no se recuerda; se trata de que las "Tapadas de Gallos", eran la predilección de su Excelencia, primero y después con el título agregado de "Alteza Serenísima" o sea el General de División Don Antonio López de Santa-Anna; pues llegó vez que suspendiera su acuerdo habitual con las Minis-

tros de Estado, que para el efecto se reunían en el Palacio Nacional, para atender a su compadre el "Gallero" que le llevaba a enseñar y para tomarle parecer, un giro quien, para que no se esapara, lo amarró a la pata del sillón presidencial.

El médico, decepcionado, vendió su casa y se cambió a Coyoacán. Adquirió, en alquiler otra cerca a la que fué propiedad del Conquistador y Capitán General Don Hernando Cortés. No dejaron de ir, pero en menor escala, a buscar a Doña Lorenza, la caterva de beatas que parecían mariposas negras quienes, por cariño o por adulación, le llamaban a ésta, la "Dama Católica", se ignoró a ciencia cierta de que dependía este antepuesto nombre; ¿sería para referirse por las prácticas religiosas a la Reina de España Doña Isabel la Católica, o a Doña Juana de Asbaje, la "Musa Mexicana"?; más tarde a ésta última al profesar de diez y siete años, tres meses y doce días, cambió el nombre por el de Sor Juana Inés de la Cruz del Convento de Religiosas de San Jerónimo de la Ciudad de México. Esta inteligente y culta poetisa nació en Nepantla, Estado de México a los once de la noche del doce de noviembre de mil, seis-

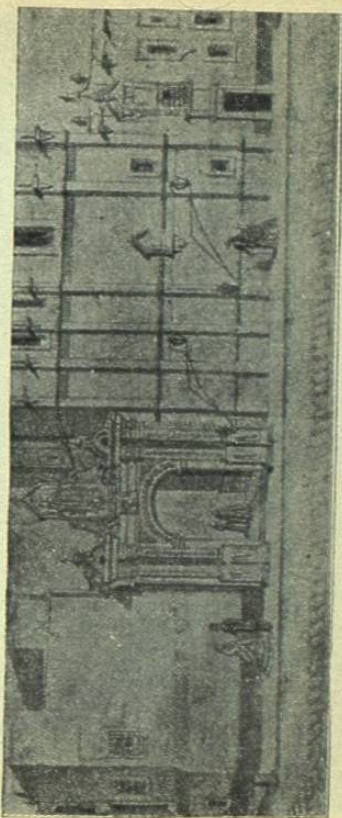


Lámina XIII.—DESAPARECIDA CAPILLA DEL SENOR DE BURGOS, EN LA CALLE DE SAN JUAN DE LETRAN.



Lámina XIV.—FUENTE DE LA TLAXPANA QUE EXISTIO EN EL SITIO  
CONOCIDO POR ESE NOMBRE

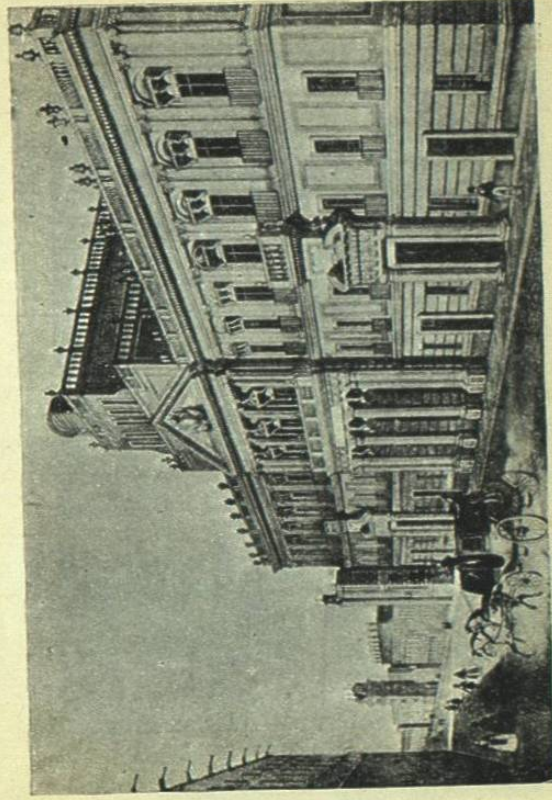
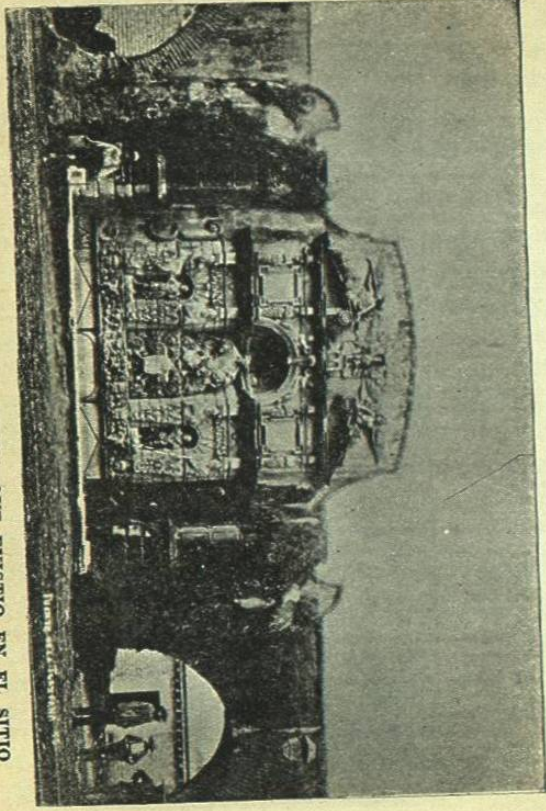


Lámina XV.—COLEGIO DE MINERIA CONSTRUIDO EN 1813 POR  
EL ARQ. Y ESC. TOLSA.

Lámina XVI.—ALAMEDA DE MEXICO, (de una estampa antigua).

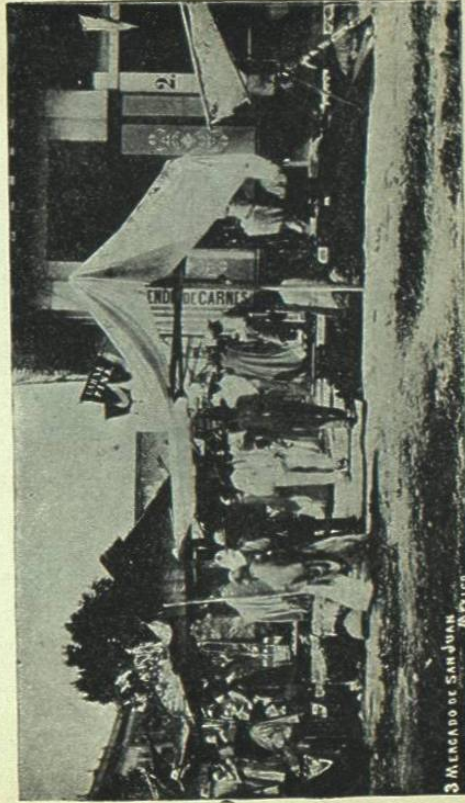
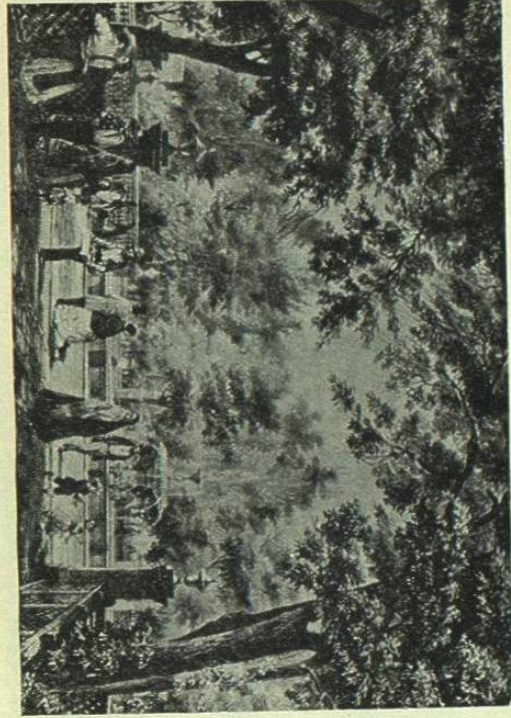


Lámina XVII.—MERCADO DE SAN JUAN Y QUE TAMBIEN SE LLAMO DE ITURBIDE.



Lámina XVIII.—EL MEDICO FERNANDO  
CON SU ESPOSA DOÑA LORENZA.

cientos cincuenta y uno (1) y murió el diez y siete de abril de mil, seiscientos noventa y cinco a las cuatro de la mañana. Estas eran las verdaderas, distinguidas y respetables católicas. Solamente Doña Lorenza, por su manifiesta ignorancia, se arraigó tanto al catolicismo que llegó a sobrepasarlo convirtiéndose en fanática exaltada y furibunda.

Ella se volvió de mal genio y sobre todo imperativa; quería mandar al primero que se le presentara enfrente y discutía acaloradamente con él, sobre el Santo fulano, de su historia, milagros y otras cosas insustanciales, de la religión, de las misas y templos, imponiéndose a que sus cansadas interlocutoras se convirtieran en socias de tal o cual agrupación religiosa.

Eran tan extravagantes e impertinentes las ocurrencias de Doña Lorenza qué; como ya se dijo en párrafos anteriores, no le importaba nada que el médico, su marido, hiciera las pocas visitas que le quedaban, en el coche que tenía destinado exclusivamente para dichas visitas; pues ella lo ocupaba en cualquier día y a la hora que más se le venía a la mente para visitar, no a enfermos, sino las parroquias que ya,

(1) Datos recogidos de la obra: "México a Través de los Siglos."

como tenemos dicho, estaban cerca de su domicilio y a las que nos referimos son las que se encontraban muy distantes a su casa; el coche desaparecía con nuestra dama sin saber el médico a que hora podía estar disponible su carruaje; pues las más ocasiones duraba toda la mañana y resto de la tarde, ausente la muy estimable esposa quien, como es natural, servida de el vehículo aludido.

Mientras tanto, el médico se veía en la necesidad de alquilar uno de "Providencia" para acudir a sus contadas visitas. Con ese motivo y por lo que se dijo al tratar el cambio de casa, tuvo que efectuar mayores gastos innecesarios porque se proporcionaba la comodidad de hacer sus visitas en coche propio, le reportaba un gasto extra el pagar su traslado al domicilio de los pacientes cuando su consorte les iba a saludar a sus celestiales abogados consultores, con sombrero casi ajeno. Aquí cabe decir que ni para Dios ni para el Diablo.

El pobre médico ya no encontraba la puerta; pues Doña Lorenza no le ayudaba en nada para hacerle más llevadera la azarosa vida, que en esas épocas embriagaba su espíritu. El, no obstante, procuraba distraerse ya no tan sólo en las noches jugando en la botica con su cu-

ñado Don Miguel Angel los diversos juegos de estrado tan favoritos para ellos, que decidió divertirse con las cacerías que efectuaba todos los domingos y días considerados como festivos; pues, como era católico, oía su reglamentada misa a hora matutina y terminado este acto, como el de su desayuno, emprendía la marcha acompañado de su inseparable perdiguero y, de cuando en cuando, con alguno de sus hijos que solían acompañarlo. Los lugares que visitaba, eran las lagunas y sembradíos, ya que de las primeras recogía bastantes patos y en los últimos, regular botín, consistente en liebres, conejos, tórtolas y otros animales. Era muy buen tirador y se especializó en el tiro de Escopeta; pues no se le escapaba la presa con vida y su perro no había viaje que regresara azorado de haber encontrado algo después de oír la repercusión del tiro.

Los paseos campestres del médico no fueron suficientes para mitigar su aburrimiento y desesperación por todo lo que le pasaba, sino que empezó a frecuentar los cafés, entre ellos "La Lechuza", ya conocido de nuestros lectores por haberse detallado al principio de la presente obra; el de "Manrique" situado en la calle de este nombre (hoy calle de la Rep. de Chi-

le) y el del "Infiernillo" en la calle del Coliseo Viejo (hoy calle del 16 de Septiembre).

Había otros cafés que eran numerosos, pero a éstos no concurría el médico, ya que en los primeros, tomaba con especialidad sus "Fosforitos" a sorbos pausados y alternados con fumadas del purito. Esos fosforitos llevaban su nombre porque sus ingredientes eran: café negro que servía el mozo a discreción, una o dos copitas de magnífico aguardiente "Catalán Fon" y sus correspondientes trocitos de azúcar (dós o tres) en caso que así lo deseara el parroquiano.

Cierto que con estos ratos de esparcimiento, olvidaba un tanto sus congojas, pero las copitas forzosamente hacían su efecto en el cerebro abrumado del médico y salía de los establecimientos visitados dando traspies o cargado en peso por algunos de sus amigos quienes lo acompañaban hasta dejarlo, unas veces en el ómnibus que lo conduciría a su casa de Coyoacán y las más de ellas a su propio domicilio.

Cuando el médico hacía el viaje de retorno a su casa en las condiciones antes señaladas, en el trayecto, si no estaba muy pasado de aguardiente, se ponía a fumar sus puritos del Estanco o los que le habían obsequiado sus

amistades, de buen tabaco habanero y que también, según él, hacían disipar sus penas; pero si el viaje tenía que efectuarlo acompañado de sus amigos, por el estado inconveniente ya expresado, entonces era viaje de velorio, ya que no se iba a dejar al médico a su domicilio sino a un cadáver porque no se contaba para nada con él.



FIN DE LA PRIMERA PARTE